

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/334644044>

Discurso colonial y desarrollo turístico: El caso de Costa Rica

Article · July 2019

CITATIONS

0

READS

451

3 authors, including:



Esteban Barboza

National University of Costa Rica

23 PUBLICATIONS 23 CITATIONS

SEE PROFILE



Juan Carlos Picón Cruz

National University of Costa Rica

13 PUBLICATIONS 46 CITATIONS

SEE PROFILE

Discurso colonial y desarrollo turístico: El caso de Costa Rica

Esteban Barboza Núñez

Universidad Nacional, Costa Rica

Juan Carlos Picón Cruz

Universidad Nacional, Costa Rica

Resumen:

Esta ponencia explora la influencia del discurso colonial en la conceptualización y ejecución de modelos de desarrollo turístico en países receptores en América Latina, específicamente el caso costarricense. A partir de un análisis del discurso colonial y su papel en la generación de conocimiento acerca del otro, y de ejercicio de poder económico, político y cultural, sobre el otro, se trazan modos de narración, conceptualización, legitimación y exclusión que derivan en el establecimiento de modelos de desarrollo turístico que responden a una visión exógena e impuesta desde las metrópolis económicas y culturales que históricamente han ejercido el control de la producción y distribución del capital, y captación del excedente económico que generan dichas metrópolis.

Bajo esta perspectiva, el trabajo cuestiona los estándares internacionales que fijan las condiciones sobre las cuales se ejercita la oferta turística en nuestros territorios. Algunos de los cuestionados son los programas de certificación y categorización turística, modelos y certificaciones de sostenibilidad turística, la promoción de nuestros países como destinos turísticos, políticas ambientales, y políticas atracción de inversión extranjera directa.

Se recomienda repensar la epistemología desde la cual se nos mira y representa en la industria turística internacional y se sugieren mecanismos propios de narración, representación y establecimiento de identidad, así como, el diseño de políticas turísticas que respondan a las realidades y necesidades locales y que generen condiciones que propicien, ante todo, la participación y el beneficio local.

Palabras claves: discurso colonial, poscolonialismo, política y estandarización turística

I. Introducción: Turismo y discurso colonial

El turismo como actividad humana y como industria que involucra la política, la economía, el ambiente, la sociedad y la cultura, va más allá de una actividad recreativa en la que por una o dos semanas al año, sujetos con cierto poder adquisitivo recorren países extranjeros con la finalidad de esparcimiento, descanso o crecimiento personal. Desde los inicios del turismo como lo conocemos hoy, el privilegio de viajar ha estado asociado al poder y a la estratificación social. Ya en el siglo XVII, como es bien sabido, con el advenimiento del Grand Tour en el seno de la aristocracia europea, el turismo era una exención para los estratos con mayor poder económico e intelectual, y aunque a partir del siglo XIX, con la masificación del ferrocarril en ese continente, el turismo se convirtió en una actividad más accesible para otras clases sociales, siempre permaneció una asociación entre turismo, privilegio y poder.

En el siglo XX, con la difusión del transporte aéreo, el turismo ya no es algo local o regional, sino que se convierte en una industria global, con grandes cantidades de turistas europeos y norteamericanos visitando antiguas colonias en Asia, África y América Latina, y reproduciendo textual y gráficamente estos continentes desde el privilegio de la posición del

turista; del que puede costearse el viaje, ver y narrar de un modo desvinculado del entorno que visita, y siempre apegado a su visión de mundo e ideología.

Ante la asociación entre el privilegio económico e intelectual de poder hacer turismo y establecer toda una narrativa en torno a la actividad, más el hecho de que la inmensa mayoría del flujo turístico mundial se diera, desde un principio, desde los países desarrollados de Europa y Norteamérica a países en desarrollo en el hemisferio sur económico, surge la pregunta de si, aún hoy en día, existe una narración de la experiencia turística que justifique y apruebe la explotación económica y humana ante los ojos del público en general, tanto en los países receptores como en los emisores de turistas; y si esa narración influye o no en la manera en que los países receptores diseñan sus políticas de atracción turísticas y se adhieren a políticas de estandarización exógenas e impuestas desde afuera, muchas veces en detrimento de su idiosincrasia y modos de vida autóctonos.

La presente ponencia tratará de establecer, entonces, si aún en el siglo XXI, tal conexión se da. Es decir, si existe un discurso unificado que narre la experiencia turística de nuestros pueblos, específicamente el caso de Costa Rica, y que de una manera soslayada justifique la explotación de los mismos tal y como el discurso colonial europeo justificó la intervención y el expansionismo en los territorios de ultramar desde el siglo XVI hasta el XIX, los mismos territorios que ahora constituyen los principales destinos turísticos de los viajeros de países desarrollados. Además, se establecerá hasta qué punto incide el discurso colonial en la promoción oficial de los destinos turísticos y en la imposición de estándares turísticos y políticas de desarrollo y clasificación, en gran medida, impuestas desde otras realidades y basándose muchas veces en términos no aplicables a contextos locales.

En primer lugar, antes de contestar estas preguntas, es necesario revisar algunos conceptos claves que nos ayudarán a responderlas. Para empezar, es importante definir

discurso colonial, el cual, sospechamos, también dicta, aún hoy en día, la forma de representar nuestros países como destinos turísticos, y en muchos casos dictar políticas de la actividad. En los estudios poscoloniales, discurso colonial se define como un

ensamble de prácticas basadas en el lenguaje, unidas por un enfoque común de las relaciones coloniales. Subyace a la idea de discurso la presunción de que durante el período colonial grandes cantidades de tierra del mundo no europeo eran producidas para Europa a través de un discurso que combinaba preguntas y supuestos, métodos de análisis y tipos de escritura e imaginación. (Hulme 1986)

El discurso colonial narra y reproduce las relaciones entre conquistadores y conquistados, entre colonizadores y colonizados, entre explotadores y explotados, entre vencedores y vencidos, todo dentro de las relaciones de conquista y colonialismo. Evidentemente, si quienes narraban eran los vencedores, sus narraciones siempre iban a tender a la justificación de sus acciones, e incluso a la narración de sus actos como un beneficio para ambas partes en términos de advenimiento de civilización, religión, cultura, progreso y desarrollo económico para el sujeto conquistado. Al tener el discurso colonial una base lingüística, como afirma Hulme, se entiende que es un discurso sostenido por la maquinaria de la academia, por el componente intelectual del imperialismo, y no solamente por el componente militar o económico.

En otra definición bastante difundida de discurso colonial, en este caso, de parte del teórico Patrick Williams (1994), este se ve como “la variedad de formas textuales a través de las cuales Occidente produjo y codificó el conocimiento acerca de las áreas y culturas periféricas, especialmente aquellas bajo control colonial.” Acá se logra ver la convergencia de ambas definiciones en el sentido de que las dos les otorgan el crédito a los intelectuales como los mayores contribuyentes a la producción de conocimiento acerca del otro colonial.

Acá también es necesario aclarar que el discurso colonial no debe ser visto como un corpus textual de una materia única, sino que se debe considerar como un cúmulo de prácticas y reglas que produce dichos textos y a la organización metodológica del pensamiento que los subyace (Mills, 1997).

Se nota, entonces, cómo la producción de conocimiento acerca del mundo colonial convirtió a sociedades enteras en depositarias de conocimiento en lugar de productoras del mismo. Esto transformaría dichas sociedades, en su mayoría sujetas al control europeo, en el otro colonial, siempre visto en un plano inferior, incapaz de auto determinación, e inherentemente dependiente del control colonial. Así se formaría una cadena de dominación que comenzaría con el poder de penetrar y examinar al otro, producir conocimiento a través de dicho escrutinio, y al mismo tiempo, justificar el poder y la dominación de dichas sociedades a través del control colonial.

El más influyente teórico poscolonial que haya estudiado la naturaleza y los efectos del discurso colonial, el pensador palestino Edward Said, apunta que este discurso se convierte en una institucionalización del mundo colonizado que lo narra, lo describe, lo autoriza, lo gobierna y que se convierte en un mecanismo de dominación, reestructuración y ejercicio de autoridad (Said, 1978). Said señala que el poder de ejercitar y practicar este discurso sobre un objeto al que no se le da el privilegio ni la oportunidad de narrarse a sí mismo, y estando este discurso fuertemente ligado a las instituciones económicas y culturales que ejercen el poder, se produce una “hegemonía de ideas acerca del otro, que reitera la superioridad europea sobre el atraso oriental y que generalmente niega la posibilidad de una visión más independiente y escéptica acerca del otro.”¹ Esta hegemonía de ideas, convertida

en conocimiento, da la oportunidad, a quienes ejercitan este tipo de discurso, de institucionalizar y legitimar sus ideas y convertirlas en verdades que escapan del escrutinio cotidiano y que establecen una diferencia autoritaria que recrea, narra y domina al otro colonial.

Para Said, el tener acceso al ejercicio de un modo de descripción y representación es tener acceso a una posición de poder sobre el sujeto narrado o representado:

el conocimiento significa elevarse más allá de lo inmediato, hacia lo extraño y lo distante. El objeto del conocimiento es inherentemente vulnerable al escrutinio; este objeto es un hecho que, si se desarrolla, cambia o se transforma a sí mismo, de la misma manera en que las civilizaciones con frecuencia cambian, sin embargo es fundamentalmente, incluso ontológicamente, estable. El tener tal conocimiento sobre un objeto es dominarlo, es tener autoridad sobre este. Y autoridad acá quiere decir negarle autonomía al otro, ya que lo conocemos y existe, en este sentido, tal y como nosotros lo conocemos. (Said, 1978)

Bajo estas premisas, el papel del que estudia y describe no es solamente el representar al otro, sino también recrearlo para una audiencia. De este modo, y dado que el narrador provenía de un ambiente externo al contexto que narra, y dado que el objeto narrado era producido para audiencias en las metrópolis europeas dominadas por ideas que veían el expansionismo colonial como un fenómeno absolutamente natural e incluso beneficioso, en muchos casos tales narraciones sirvieron como justificaciones de acciones expansionistas ampliamente ligadas al poder económico, político y militar de las potencias europeas.

Lo interesante del análisis de Said, y como ya se aclaraba anteriormente en la definición de discurso colonial, es el diversificar las prácticas discursivas coloniales a diferentes ámbitos del saber y del accionar intelectual, y no necesariamente circunscribirlo a

documentos oficiales, panfletarios o abiertamente propagandísticos de Estados colonialistas. En este sentido, Said analiza textos de disciplinas como la antropología, la arqueología, la narrativa, la poesía, la música e incluso los travelogios y guías de viajes, ampliamente ligadas al turismo moderno. Por lo tanto, confirma Said la idea de que el discurso colonial más que ser un conjunto de textos con temáticas afines, es más bien una serie de reglas y prácticas metodológicas que subyacen dichos textos, sin importar la disciplina a la que estos pertenezcan.

En un análisis más específico de los mecanismos y efectos del discurso colonial, Abdul JanMohamed señala que este tipo de discurso, en lugar de explorar al otro racial y cultural,

reafirma postulados etnocentristas y codifica y mantiene las estructuras de la mentalidad propias del narrador. A pesar de suponer describir encuentros entre distintas culturas, se valora la superioridad de la cultura europea y en lugar de ver al otro como un puente para la posibilidad sincrética, lo utiliza como un espejo que refleja la imagen del colonizador. (JanMohamed 1995)

Es decir, a través de la narración del otro bajo los parámetros maniqueos que apunta JanMohamed, se enfatiza la superioridad occidental y la funcionalidad del objeto narrado dentro de los parámetros que dictan los propósitos del escrutinio del otro. En la época colonial, sin duda alguna esos parámetros tenían que ver con la justificación de la intervención económica, militar y cultural. En nuestros tiempos, tal representación agrega además la experiencia del turista como colonizador y explorador e implica una narración de lo que ve en términos no muy distintos a los que colonizadores y conquistadores observaron y narraron, y que ocurre sobre la base de un poder adquisitivo superior y una demanda de

lugares y recursos que deben ser ajustados a su horizonte de expectativas, exógenas a los destinos turísticos.

Todo esto pasa desapercibido ante los ojos de la mayoría porque, como señala Mary Louise Pratt (1992), el conquistador y el narrador documentan sus viajes y descubrimientos afirmando su desvinculación directa de los grupos de poder. Ella llama a este tipo de narración “anti conquista” y estipula que la retórica usada para la descripción de los territorios de ultramar conquistados por los poderes europeos camuflaron los intereses detrás de la narración, los cuales eran posesión y explotación. Pratt señala mecanismos como el énfasis en la falta de civilización de los pueblos explorados versus el supuesto progreso europeo, la extracción de los nativos del paisaje a conquistar, y su alejamiento de la economía, la historia y la cultura, todo esto sin mencionar directamente el apoyo a los regímenes que impulsaban la explotación económica y cultural. En nuestro caso particular, dicha narración anti conquista del destino turístico contribuye a camuflar políticas de estandarización y de concesión que en muchos casos le pasan por encima al habitante local como ser humano presente y actor de su entorno, a nivel económico, cultural y territorial.

II. Discurso: naturaleza, reglas y alcances

Para entender las fundamentaciones teóricas de proponentes de la existencia de un discurso colonial como Said o Pratt, es importante también entender la naturaleza del discurso y las reglas que rigen el discurso. Una definición y uso bastante útil para nuestro propósito es la propuesta por Michel Foucault (1994), quien afirma que

en vez de gradualmente reducir el fluctuante significado de la palabra discurso, es conveniente expandir su significado: en ocasiones abarcando el dominio general de todas las afirmaciones, en ocasiones como un grupo individualizable de

afirmaciones, y en ocasiones como una práctica regulada que abarca un número de afirmaciones.

Es decir, Foucault sugiere que toda afirmación tiene un significado, y a su vez un efecto. También se deriva de la definición de Foucault que existen diferentes discursos con características distintivas que los diferencian de otros discursos; y finalmente, y quizás lo más interesante, es que existen reglas y estructuras que regulan y producen el discurso.

En nuestro caso, el discurso colonial, como discurso distintivo, es regulado por reglas específicas que le dan forma a los objetos narrados. La forma es la objetivación del otro en relación con el narrador que escruduña, somete y domina al objeto narrado con propósitos específicos que favorecen intereses de colonización y dominación por parte de las clases hegemónicas de las metrópolis imperiales, y que en el caso del turismo como actividad global, dicta reglas en cuanto a las normas que regulan la actividad.

Estos intereses están, a su vez, permeados por la ideología de las clases dominantes. Y por ideología debemos entender la manera en que imaginamos las condiciones reales de existencia (Eagleton, 1996), en la mayoría de los casos, por medio de verdades parciales, omisiones y vacíos que camuflan contradicciones y aparentemente proveen respuestas a preguntas que en realidad evaden estas verdades parciales, enmascarando como coherencias los intereses de las relaciones sociales necesarias para la reproducción de los modelos de producción existentes, en nuestro caso específico, la relación de colonialismo entre las metrópolis europeas y los enclaves periféricos, o entre la actividad turística y su regulación en los enclaves turísticos de países como Costa Rica.

La verdad entonces, deja de ser algo que está por encima de la subjetividad y de las prácticas ideológicas imperantes y se convierte en una práctica discursiva, subjetiva y arbitraria, con reglas trazables y analizables y con efectos rastreables y contestables.

Entonces, el conocimiento queda determinado por la combinación de presiones discursivas sociales e institucionales y puede ser cómplice de discursos dominantes y servir para su justificación en determinadas prácticas asociadas con el poder, o bien para desafiar al poder y desplazar los postulados que lo sostienen.

Sin embargo, hay que admitir que estas verdades, producidas y circuladas en forma de conocimiento, ejercen un gran poder sobre sujetos sociales a través de su diseminación y práctica, no solo por parte del gobierno y sus aparatos represivos, sino también a través de intelectuales, escritores, científicos, y otros actores supuestamente desligados del poder central, quienes dispersan las verdades producidas por las reglas que rigen un determinado discurso y lo legitiman en determinados contextos sociales.

Esto se da de esta manera ya que, como afirma el mismo Foucault, el Estado no es capaz de generar y ejercer todo el poder, ni de controlar que otros actores, en muchos casos antagónicos al Estado, lo ejerzan. Si este fuera el caso, afirma Foucault, la verdad y el poder serían entendidos como entes enteramente represivos. El pensador francés más bien afirma que

las relaciones de poder y por ende su análisis, necesariamente se extienden más allá de los límites del Estado. Primero porque el Estado, con toda su omnipotencia y su maquinaria, está lejos de poder ocupar todo el espectro de las relaciones reales de poder; además de que el Estado solamente puede operar sobre relaciones de poder de antemano en existencia. (Foucault, 1994).

Si consideramos el discurso colonial como el cúmulo de ideas y mecanismos que sustentan la intervención y la ocupación de sociedades enteras y su sometimiento y transformación por parte de grupos externos, entonces, tenemos ya la fundamentación teórica que nos permite establecer la conexión entre la actividad turística en un país como Costa Rica

y los mecanismos y efectos de un discurso como el colonial, y cómo su difusión como conocimiento, impulsada desde distintos sectores, es, en muchos casos aceptada como verdad y, en nuestro caso, nos permite su cuestionamiento y su contestación.

III. La era del turismo como actividad económica en Latinoamérica

El estudio del turismo en América Latina tiene connotaciones especiales, dada la condición de países dependientes que se viene arrastrando desde la época de la conquista europea. Distintos investigadores latinoamericanos han tratado de exponer la situación. Tal es el caso de Molina y Hernández (1991), quienes explican el turismo en los países latinoamericanos desde la relación de países desarrollados económicamente y países dependientes. Los países latinoamericanos han desempeñado un papel de países de vocación agrícola, ganadera y algunos mineros, en algunos casos agroexportadores. Por otra parte, los países dominantes y conquistadores se han dedicado a la industria, logrando acumular grandes ganancias y por lo tanto la condición de influir en los destinos de los países rezagados o dependientes.

Los países generadores de excedente económico ampliaron sus fronteras productivas y extractoras a distintos países que cuentan con condiciones favorables para reproducir el capital. Inicialmente, en nuestros países se han descubierto atributos productivos asociados a las condiciones naturales, principalmente la vocación productiva agropecuaria y minera, sustentados por la mano de obra esclava y luego barata. Ejemplo de esto son los distintos enclaves agropecuarios, tales como los enclaves bananeros o mineros, entre otros sistemas productivos asociados a la transnacionalización del capital. Es así como nacen los enclaves

productivos y luego, con el desarrollo de la demanda turística internacional, también se dedican a la inversión transnacional en turismo.

Como parte de los modelos expansionistas de las sociedades está la posibilidad de definir un uso rentable en los territorios conquistados. Los países llamados desarrollados han logrado acumular riqueza que les ha permitido gozar de los privilegios que da el poder económico, entre ellos, el que muchos de sus habitantes puedan viajar a destinos lejanos de su residencia habitual llevando consigo grandes cantidades de dinero para consumo. Aquí nace el concepto tradicional de turismo, que define al turista por su capacidad de consumo en destinos alejados a su residencia habitual; muchos de estos viajes de turismo influyen una inversión extranjera directa (IED), como una forma de perpetuar la condición de uso y disfrute de un territorio específico.

Los sistemas de producción propios de los países industrializados aceleran la generación de excedente económico, lo que a la vez estimula la posibilidad de viajar. Tal como lo plantean Molina y Rodríguez (1991),

la atención a turistas constituía un excelente negocio, tanto por los servicios que se demandaban como por el gasto en que se incurría al viajero, generó un modelo de evolución del turismo que se ha denominado industria turística, y que hasta hoy no sólo subsiste, sino que se ha transformado en un modelo ascendente/ es decir, en expansión constante.

A partir de esta lógica de gasto turístico, los dueños de los medios de producción, principalmente del capital financiero, desarrollan inversiones en los principales destinos periféricos que cuentan con las condiciones ideales para atender las demandas de los turistas y así capturar el excedente económico que estos grupos sociales “derraman en sus viajes”.

De esta forma, los grupos empresariales dominantes mantienen una influencia directa en distintos territorios, dada su condición de dueños de los medios de producción y ahora representantes de la sociedad consumidora. Es así como se desarrollan los modelos exógenos dedicados a crear una oferta de servicios turísticos enfocados en la visión de mundo de los consumidores e inversionistas, es decir, desde una perspectiva de la demanda, muy acorde con la narración del mundo colonizado en el discurso colonial, desde la perspectiva del viajero y el conquistador que toma el paisaje y sus recursos para su propio beneficio, desvinculando modos de vida y habitantes locales.

IV. El turismo en Costa Rica: estudios críticos

El turismo como actividad económica en Costa Rica se enmarca en los años treinta del siglo XX. Los pocos estudios históricos del turismo en Costa Rica reconocen que en esos años se crea el primer gremio empresarial interesado en desarrollar el turismo en el Valle Central, conocida como la Junta de Turismo (Arrieta & Rivera, 2009). En ese momento solo se promocionaban internacionalmente las principales ciudades, San José y Cartago, dada las malas condiciones sociales y de infraestructura en que se encontraba las zonas periféricas como Guanacaste, la costa caribeña y toda la costa del Pacífico.

Los empresarios y viajeros empiezan a ver posibilidades de negocio, reconociendo el potencial turístico de Costa Rica, y a partir de las oportunidades dadas por el crecimiento galopante del turismo internacional, principalmente por el crecimiento económico y los avances expansionistas que las potencias mundiales marcaban en el mundo entero. Es en este contexto donde se inician procesos de planificación del desarrollo turístico a partir de modelos mixtos, es decir, con participación del Estado y del capital privado. El Estado será

el encargado de impulsar políticas públicas y crear condiciones favorables para que el capital privado ejecute la actividad en condiciones competitivas.

Al respecto, Arrieta y Rivera mencionan que en la década de los treinta del siglo pasado “la política de desarrollo turístico fue tomada por la United Fruit Company” (2009, págs. 142-143) la cual en ese momento mantenía un fuerte enclave bananero en la zona sur del país y gozaba del control del ferrocarril al Caribe, lo que le permitió transportar viajeros a la zona caribeña. El hecho de que esta empresa multinacional operara en el sector turístico en esa época es muy sugestivo en cuanto al enfoque colonialista de enclave que se le dio al turismo desde ese entonces, ya que de todos es sabido el poder que ejerció tal compañía en el Caribe centroamericano, al que tomó como enclave y en el que dictó políticas desde los más altos niveles, en muchos casos en serio detrimento de los recursos naturales y los trabajadores de dicho sector agroexportador, no sin atribuirse a sí misma funciones sumamente beneficiosas a las repúblicas bananeras y al mercado estadounidense a través de la producción y exportación de banano, al mejor estilo de la retórica imperial del discurso colonial.

El “descubrimiento” de los empresarios nacionales y extranjeros del potencial económico de distintos territorios costarricenses, principalmente las costas, promueve una movilización del capital nacional y foráneo hacia una actividad económica hasta el momento desconocida por los costarricenses. Es así como avanzan los esfuerzos por expandir el turismo a las zonas rurales, donde las actividades primarias como la ganadería y agricultura se encontraban en crisis. Los gobiernos de turno, en su afán de atender las presiones de los grupos económicos y de la población rural, impulsan políticas agresivas de promoción a la inversión privada, principalmente de capital extranjero, concediendo una variedad de incentivos directos e indirectos.

Ya en la década de los años setenta se exploran territorios costarricenses con aptitud turística, promovido por organismos internacionales y avalados por el Estado y los gremios del turismo. En estos procesos se identifican territorios claves para desarrollar enclaves turísticos de sol y playa y atraer a millones de turistas internacionales que buscaban destinos exóticos donde poder disfrutar de su tiempo libre. Un ejemplo claro en Costa Rica es el Polo Turístico Papagayo, zona declarada por el gobierno para uso exclusivo del turismo, de acuerdo a la Ley 6370 de 1979 (Picón, Parada, & Baltodano, 2006). Esta medida desplazaría a pequeños pescadores y agricultores, a quienes se les expropió a bajos precios, y se les prometió participación de la derrama económica que iba a traer el turismo. Este despojamiento de tierras y recursos se dio bajo la retórica del supuesto progreso y beneficio local, encubriendo mecanismos de apropiación y explotación típicos del discurso colonial camuflados con la argumentación de la anti conquista, como apuntaba Pratt anteriormente. Los factores claves para seleccionar ese territorio están basados en la aptitud turística de las playas, cantidad de días sol y cercanía al principal mercado emisor de turismo del momento, Estados Unidos de Norteamérica; además de ser una zona rural donde prácticamente se desconocía los beneficios y oportunidades del turismo.

En este proceso de desarrollo turístico en la costa de Guanacaste a partir de los años ochenta del siglo XX, se reconocen situaciones que merecen la reflexión y que una vez más nos remiten a la práctica del discurso colonial. Por ejemplo, los estudios los realizan organismos internacionales y estos encuentran condiciones ventajosas para el desarrollo turístico. Sin embargo, la información no es socializada en igualdad de condiciones entre los pobladores, dada la oportunidad para comprar a precios bajos o expropiar las mejores tierras, tal como ha sucedido en la provincia de Guanacaste. Esto coincide plenamente con la producción de conocimiento desde afuera acerca de nuestros países, y con la utilización de

dicho conocimiento para justificar la ocupación de territorios, tal y como apunta Said sucede en el discurso colonial, mientras al mismo tiempo se le niega el privilegio de narrarse a sí mismo al habitante local, o de generar su propio conocimiento o sustentar sus intereses o su posición de forma independiente ante la coyuntura turística que se avecinaba.

El turismo se extendió por toda la costa pacífica costarricense bajo procesos confusos, poco transparentes, con poca planificación y sobre todo con exclusión de la población local. Lo anterior se ha manifestado en distintas oportunidades, que indican que el turismo en el país no lo controla la industria nacional ni está siendo bien inducida por el Estado, sino que continúa prevaleciendo el control de los complejos turísticos extranjeros (Picón J. , 2008).

Dada la situación de avance y control del capital financiero a gran escala, prevalece una oferta turística tradicional, asociada a lo que autores como Molina y Hernandez (1991, págs. 29-30) definen como “evasión”, donde los turistas usan su tiempo libre en espacios asociados a un tipo de libertad y confort que liga el poder económico con la posibilidad de usar y abusar de cuanto esté a su antojo y disponibilidad en un destino turístico. Ejemplo de esto es el uso descontrolado del recurso hídrico, la proliferación de drogas ilícitas y todo un mercado a su alrededor, la trata de personas, atropellos culturales, y otros fenómenos asociados al turismo de masas. Es decir, se da la ocupación y explotación desde la posición del conquistador, del territorio y sus recursos, incluidos sus habitantes, de una manera que oscurece las consecuencias reales para las poblaciones locales y sus recursos, y las disfraza con la típica imagen idílica de la playa y las palmeras de la arcadia tropical que no es más que un enclave poscolonial de viejas unidades de producción económica y relaciones culturales de colonialismo.

En los últimos años se han desencadenado experiencias de resistencia social, estudiados desde el punto de vista de la resiliencia socio ecológica. La resiliencia está

directamente asociada con la resistencia frente a una determinada presión. Para los casos socio-ecológicos, (Escalera y Cáceres, p.121), refiriéndose a una definición universal, indican que la resiliencia es la “capacidad de un sistema social sujeto a algún tipo de estrés, para regenerarse en formas parecidas a las originales, o en formas nuevas, “conservándose creativamente”, para persistir a través del tiempo y de sus propios componentes individuales, absorbiendo el cambio cualitativo y manteniendo su integridad estructural a lo largo del proceso de su desarrollo”.

Al respecto, Arrieta y Rivera (pág. 151) mencionan que, durante la década de los ochenta se mantuvieron muchos reclamos en torno al proyecto Papagayo en Bahía Culebra. Las comunidades vecinas expresan sentir exclusión e incumplimiento de las promesas de desarrollo, lo que ha desencadenado una serie de manifestaciones de protesta y paralización de obras de infraestructura turística en distintos pueblos de Guanacaste (Hernández & Picón, 2012).

Los modos expansionistas y dominantes impulsados por tales sistemas de desarrollo turístico son determinados por la capacidad que han tenido los desarrolladores turísticos de megaproyectos para ubicarse y apropiarse de los mejores territorios para el turismo, incluyendo la disponibilidad de agua potable para uso turístico. Autores como (Morera & Sandoval, 2008, págs. 127-129), indican casos en Guanacaste, donde se han generado conflictos que pueden ser indicadores de ruptura social o conflicto en el territorio. Tal es el caso de poblaciones costeras organizadas para defender el recurso hídrico frente a los sistemas turísticos de sol y playa. El mejor caso es el de Sardinal de Carrillo, Guanacaste.

Una investigación reciente presenta la ubicación de las principales fuentes de mantos acuíferos de Guanacaste y como los enclaves turísticos se han desarrollado alrededor de éstos

(Hernández & Picón, 2013). La siguiente ilustración de los investigadores mencionados establece que uno de los principales detonantes de la inconformidad de los pobladores con los modos de apropiación, poder y dominación territorial usados por los megaproyectos, está asociado al control de los recursos naturales, principalmente las fuentes hídricas subterráneas o mantos acuíferos. En esta ocasión, los autores advierten sobre la necesidad de atender las demandas de la comunidad que por muchos años no se ha respetado y que está llegando a crisis de gobernabilidad por el mal uso del recurso hídrico, que es comercializado como una simple mercancía que se transa al mejor precio, lo que pone en desventaja al poblador local que en estas dinámicas muchas veces es tratado como invisible o ausente por los gestores de tales políticas de uso indiscriminado de recursos.

Estas actitudes de resistencia de parte de muchas poblaciones locales y organizaciones activistas evidencian que, en muchos casos, sí existe una política de explotación desmedida de recursos y territorios, una expropiación de territorios a sus habitantes originales, la transculturación de comunidades, la extinción de modos de vida y unidades de producción autóctonas y muchas otros síntomas de posesión y explotación que son maquilladas como desarrollo y progreso de un modo similar al mecanismo del discurso colonial de recrear al otro y a su territorio en función del narrador exógeno y de los intereses de las clases hegemónicas que requieren de este para diseñar políticas a su conveniencia, reestructurando y recreando para conveniencia propia al otro nativo.

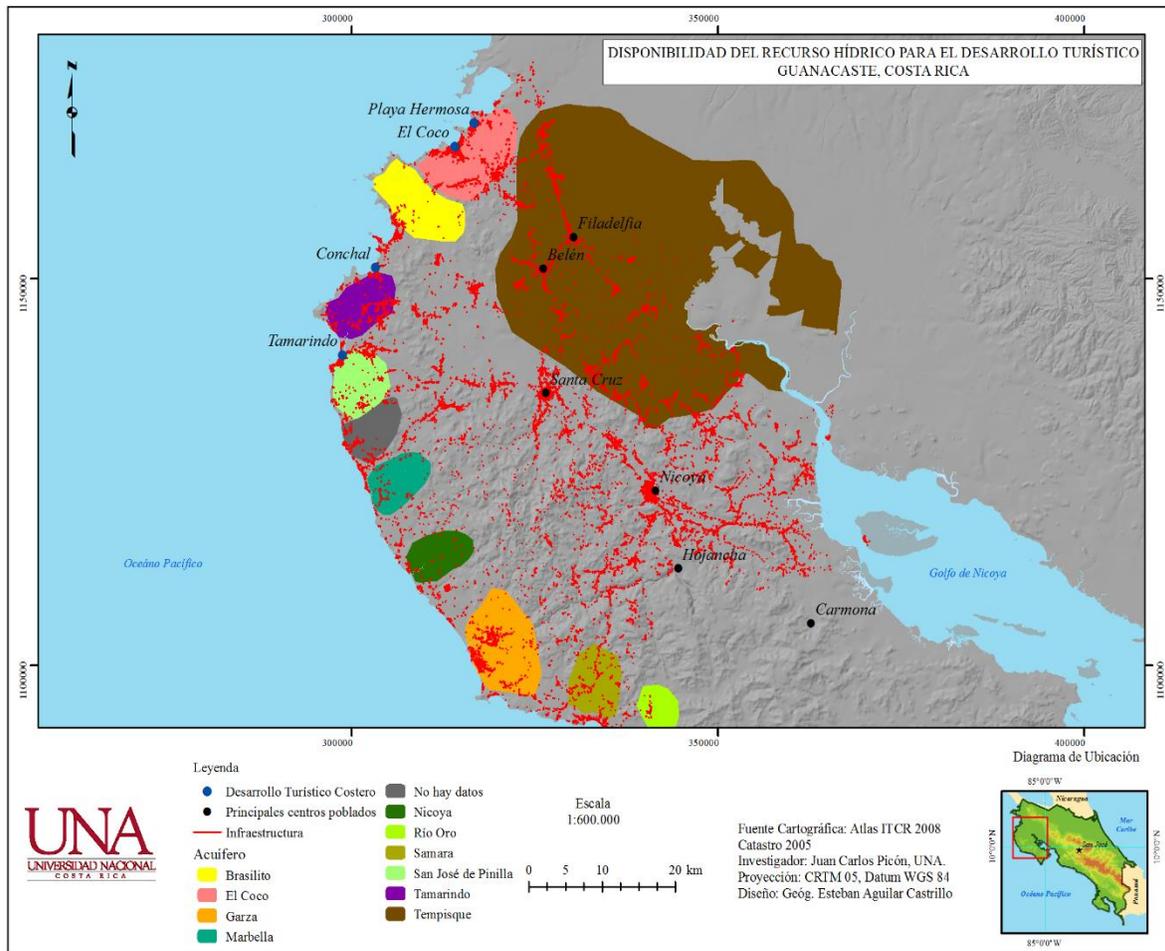


Figura 1. Principales mantos acuíferos de la costa pacífica en Guanacaste, Costa Rica.

Conclusiones

La oferta turística en Costa Rica y sobre todo en las zonas costeras está desarrollada para un perfil de turista tradicional de corte evasivo, entendido como ese visitante que se traslada a espacios turísticos con poco interés por el desarrollo local, el aprendizaje y la identificación con los modos de vida y el aprendizaje de las culturas que visita.

La política pública ha estimulado una forma de desarrollar el turismo de forma masiva, enfocado en criterios e indicadores cuantitativos que no demuestran en el largo plazo ser la vía para el desarrollo endógeno de los países receptores del turismo. En este sentido, es necesario superar la idea de estudiar el turismo desde la perspectiva del desarrollo económico. Hay que incluir indicadores cualitativos asociados al desarrollo integral de los pueblos turísticos, principalmente los indicadores asociados a la relación biocultural de los seres humanos con su territorio, la identidad, la cultura local y sobre todo la felicidad y expectativa de vida de los locales a partir del turismo.

No es posible tolerar modos de producción que atentan contra el mismo turismo, donde las líneas de tolerancia, relación pacífica y amistosa entre visitantes y visitados se pierda por la simple valoración comercial dedicada a la explotación territorial a modo de enclave. El turismo es más que una simple actividad económica, implica un cúmulo de relaciones entre los visitantes y visitados que permita crecer a todos los participantes, sobre todo, valorar el encuentro de culturas como una forma de entender el mundo.

El debate sobre la experiencia del turismo incorpora una variedad de elementos que requieren de un análisis integral que permita lecturas profundas y oportunas. La experiencia reciente en materia de turismo plantea grandes desafíos, entre ellos los relacionados a la

governabilidad, agudizado por los conflictos que se derivan entre inversionistas y pobladores locales por la competencia del patrimonio natural, cultural, histórico, entre otros.

Las sociedades receptoras de turismo merecen modelos de desarrollo transparentes, justos, y apegados a la realidad de cada país en particular y región en general. Los modelos de desarrollo de carácter exógenos tales como el de enclaves turísticos, desarrollo sostenible y otros, solo han agudizado la crisis ambiental, social y económica en distintas regiones de Centroamérica, poniendo en peligro el propio turismo como actividad humana asociada al derecho universal al ocio.

La responsabilidad de generar información científica a partir de investigaciones serias y atinentes, es una obligación de los sectores universitarios de la región, sobre todo en momento en que las economías de nuestros países dependen en gran medida del los ingresos del turismo. En este sentido, se trata de rescatar el verdadero sentido y direccionalidad del turismo y superar los estilos enajenantes, dominantes y colonialistas de los modelos europeizados que se han implando en nuestros países.

Referencias bibliográficas

- Arrieta, G., & Rivera, G. (2009). El Desarrollo del Turismo en Guanacaste. En J. Marín, & R. Nuñez, *Guanacaste: historia de la reconstrucción de una región* (págs. 137-158). San José, Costa Rica: Alma Mater.
- Eagleton, T. (1991). *Ideology: An Introduction* (pág. 2). Londres: Verso.
- Escalera, J y Cáceres, R. (2010). Turismo de Base local, identificaciones colectivas, desarrollo sostenible y resiliencia socioecológica en las fuentes del Río San Juan (Región Huetar Norte de Costa Rica). En Escalera, J. y Benavides N. *Turismo sostenible, desarrollo local y articulación regional transfronteriza en el Río San Juan (Costa Rica-Nicaragua)*. San José, Costa Rica. FLACSO, Costa Rica.
- Foucault, M (1994). *The Essential Works of Michel Foucault* (pág. 123). Nueva York: The New Press
- Hernández, A., & Picón, J. (2012). En la frontera del conflicto socio ambiental: el modo de vida rural y el desarrollo del turismo de sol y playa en Guanacaste, Costa Rica. *Ambientales*, 31-44.
- Hernández, A., & Picón, J. (2013). Huella hídrica en tierras secas: el caso del turismo de sol y playa en Guanacaste, Costa Rica. *Ambientales*, 41-49.
- Hulme, P. (1986). *Colonial Encounters and the Native Caribbean: 1492 1797* (pág 2). Londres: Methuen.
- JanMohamed, A. (1995). "The Economy of Manichean Allegory." *The Post Colonial Studies Reader*. (pág 19). Ed. Bill Aschroft. Londres: Routledge.
- Mills, S (1997). *Discourse* (pág 107). Londres: Rotledge.
- Molina, S., & Rodríguez, S. (1991). *Planificación Integral del Turismo: un enfoque para Latinoamérica*. México: Trillas.
- Morera, & y Sandoval, L. (2008). El modelo de desarrollo turístico de Guanacaste, Costa Rica: convivencia y conflicto. En J. Picón, D. Morales, & L. Obando, *Desarrollo sustentable del turismo en Mesoamérica* (págs. 127- 140). Nicoya, Costa Rica: UNA-SRCH.

Picón, J. (2008). La política turística en Costa Rica. En J. Picón, & D. O. Morales, *Turismo sustentable en Mesoamérica: IV Congreso Mesoamericano de Turismo* (págs. 164-175). Nicoya, Costa Rica: UNA.

Picón, J., Parada, A., & Baltodano, J. (2006). *La inserción de la microempresa en el conglomerado empresarial turístico: caso Papagayo en Costa Rica*. Nicoya, Costa Rica: CEMEDE.

Pratt, M. (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation* (pág 53).

Nueva York: Routledge.

Said, E. (1978). *Orientalism* (pág. 3). Nueva York: Vintage.

Williams, P (1994). *Colonial Discourse and Postcolonial Theory: A Reader* (pág 5).

Nueva York: Columbia University Press.